

A close-up photograph of a woman's face and upper body. She is wearing a blue dress with a white ruffled collar and a multi-strand pearl necklace. Her hair is dark and styled. She is wearing large, ornate earrings and a bracelet. The background is a dark blue patterned fabric. The text is overlaid on a white, torn-paper-like shape.

**LAS DAMAS
DE LA BUENA FORTUNA**
TIFFANY L. C.

Tiffany L. C.

**LAS DAMAS
DE LA
BUENA FORTUNA**

 Planeta

Condado de Gloucestershire

1530

Prólogo

La casa estaba en silencio. Nuestras pantuflas de seda no delataron ningún sonido cuando bajamos las escaleras. Mi hermana menor tenía los ojos entrecerrados, mitad despierta y mitad dormida. Convencerla de que saliera de la cama y viniera a espiar conmigo había llevado unos cuantos intentos.

Abrí la puerta que daba al jardín trasero, y tiré de su mano. El viento de la noche agitó nuestros camisones blancos y la luz de la luna nos iluminó con palidez; me pregunté si nos veríamos como fantasmas.

—No deberíamos estar afuera en nuestras camisas de dormir.

—Shhhh. —Llevé un dedo a mis labios.

Seguimos el sendero que salía de Winterson Manor hacia un círculo de robustos árboles. Dentro se escondía una reunión de brujas. O, mejor dicho, mujeres con talentos especiales. Mi madre me regañaba cuando las llamaba de esa forma ya que podía atraer la atención de la Iglesia. Todos sabían que a la Iglesia le gustaba quemar brujas.

Dentro del anillo de árboles, se formaba otro con los cinco bancos destinados a las cinco damas y un tercer círculo de

piedra cubría el piso. De día no era más que un bonito suelo de piedra. Bajo la luz de la luna cobraba vida en intrincados diseños de mármol delineados en oro. Ilustraciones románticas que enfrentaban el sol y la luna en una danza eterna de noche y de día.

—Allí está mamá —señalé.

Las cinco damas llevaban majestuosas capas de terciopelo; algunas en negro, otras en esmeralda o en bordó. El atuendo se completaba con broches dorados y amplias capuchas que enmarcaban sus rostros. Reconocí a mamá por los pesados bucles castaños que se escapaban sobre un hombro.

—¿Qué crees que esté discutiendo? —preguntó mi hermana llena de intriga.

Sus ojos estaban bien abiertos indicando que estaba completamente despierta. Ambas observamos maravilladas. Era la medianoche y estaban tomando el té en tazas de porcelana china; compartían risas e intercambiaban chismes.

—No lo sé. Riquezas, alianzas ventajosas, secretos de nobles poderosos... —sugerí.

El concilio de mujeres estaba compuesto de cinco familias que habían pasado el secreto de madres a hijas durante largas generaciones. Las damas de la buena fortuna. Damas ambiciosas con talentos especiales.

Dama de monedas.

Dama de secretos.

Dama de tónicos.

Dama de visiones.

Dama de cosechas.

Nuestra madre, Tamora Winterson, era la dama de visiones. Su capacidad de adivinar ciertas cosas a través de sueños podía ser muy inconveniente. Había perdido cuenta de todas las veces que me había detenido antes de completar una travesura.

—Algún día esa serás tú —dijo mi hermana dándome un golpecito con el codo.

Las hijas mayores eran quienes heredaban el lugar en el círculo. Se suponía que su don corría en mis venas. Había tenido algunos sueños premonitorios, cosas de poca importancia que podrían haber sido coincidencia.

—Es luna llena. ¡Deberíamos intentar un hechizo!

Saqué un rollo de pergamino que había encontrado escondido en la casa. Las damas se reunían en las noches de luna llena que antecedían a los cambios de estaciones. Noches en las que sus esposos se encontraban fuera en viajes de negocios. Papá no tenía idea de que mamá era una bruja, ni que se juntaban a tomar té a la medianoche. Creía que los brillantes consejos que le daba respecto a sus inversiones se debían a que era una mujer intuitiva con amigas chismosas. Lo cual, en parte, era cierto.

—¿Un hechizo? —Mi hermana dijo la palabra en tono cauto—. ¿Qué clase de hechizo?

—Es para vincular a futuros amantes a través de sueños —leí exaltada.

—¿Amantes? —Mi hermana arrugó la nariz ante la palabra.

—Hace un tiempo mamá me contó que espío a papá en sus sueños antes de que se conocieran —recordé—. ¡Tal vez usó este hechizo!

—No lo sé, Dessa. ¿Y si hacemos algo mal?

—Entonces el hechizo no funciona y no hay nada de qué preocuparse. —Me encogí de hombros.

—¿Y si funciona...? —Bailey susurró las palabras como si fueran un secreto.

—¡Entonces lo veré!

Imaginé a un misterioso muchacho con brillantes ojos llenos de constelaciones y reí ante la fantasía.

—Vamos, podemos hacerlo en los establos para que no nos escuchen.

El pergamino ofrecía un listado de ingredientes: un tesoro del corazón, agua de luna (expuesta a la luz de las diferentes fases), ocho gotas de aceite de sándalo, cuatro pétalos de rosa y una taza de sal.

Había reunido todo a excepción del tesoro del corazón. Pensé en ello hasta que la respuesta fue evidente: mi caballo Belios, un elegante padrillo negro. Adoraba a Belios con todo el corazón.

Corté un mechón de sus crines negras e hice una trenza; luego até los extremos para formar un brazalete.

—Dessa... No estoy segura de que sea una buena idea. —Mi hermana me miró con cautela.

—Es solo un juego. —Me aclaré la garganta y leí del pergamino—: “Trenzo este nudo, este nudo trenzo, para saber las cosas que aún no sé. Cybele, reina de la noche, traigo ofrendas justas. Hila mis sueños a los de él. Mientras duermo lo puedo ver claramente, deseo que él me vea también”. —Una ráfaga repentina sopló sobre las ofrendas y extinguió la llama del farol. Los caballos relincharon inquietos. Bailey exhaló en sorpresa—. Enséñame al muchacho con ojos de estrella y algún día robaré su corazón... —susurré.

Condado de Gloucestershire 1533

1 Lady O

Iba a morir sofocada por un vestido. Y ni siquiera lo había elegido yo misma. Llevé la mano al corsé que presionaba sobre mis costillas, tentada de arañar la costura.

La luz de la luna se filtraba por las ventanas del carruaje sobre el tapizado bordó. El sendero estaba flanqueado por bosque. El trote de cuatro caballos acompañaba el sonido de las ruedas. Podía imaginarlos tirando del carruaje en dirección al castillo. Dos caballos blancos y dos caballos negros intercalados en una doble fila al igual que un damero de ajedrez.

Deseaba estar montada sobre uno de ellos disfrutando del aire libre. Ir dentro de aquella caja con ruedas era sofocante.

Mi madre tenía las manos cruzadas sobre el regazo. Mi hermana Bailey miraba por la ventana, perdida en alguna fantasía de lo que sucedería en el baile.

El día que la invitación con letras doradas de lord Gregory Oleander llegó a la mesa del desayuno, mi madre no perdió un momento en convocar a una reunión con las damas de la buena fortuna.

Habían especulado sobre cuál de sus hijas podría atrapar el corazón de Gregory. No es que les importara el corazón de un muchacho, sino sus tierras, su título de nobleza, su influencia, y no había que olvidarse de su prominente fortuna.

Basina Clement, dama de tónicos, había encontrado la respuesta en el fondo de una taza de té al leer las hebras. “Es la chica Winterson”, había dicho. Mamá aún no había tenido un sueño que lo confirmara, pero dado que yo era la mayor de las hermanas Winterson, dieron por sentado que se trataba de mí.

—Te ves hermosa, Odessa —dijo mi madre—. Lord Oleander va a quedar encandilado.

—No lo sé. De no ser porque se le ocurrió este absurdo juego, hubiera elegido otro color...

Bajé la mirada al vestido de seda blanca que fluía ocupando buena parte del asiento. El blanco era tan... inocente. De seguro estaba buscando alguna virginal damisela que creía en los príncipes. En Lancelot visitando a su Ginebra.

—“Las damas que deseen ser cortejadas por lord Oleander deberán vestir satín blanco. Con la primera campanada de la medianoche, las damas que hayan ganado su atención recibirán un brazalete de plata. Al finalizar la temporada, una de esas damas se convertirá en su esposa” —Bailey recitó la invitación—. Es romántico.

—Es tonto y presuntuoso —la contradije.

Bailey había admirado el vestido blanco desde que mamá lo colgó en mi habitación. Era una lástima que yo fuera un año mayor que ella. Mi hermana pronto cumpliría sus dieciocho años y su dulce rostro se hubiera visto radiante en este vestido. No es que el suyo no la complementara. Aquel delicado tono rosado acentuaba el rubor en sus mejillas.

—Es presuntuoso —dijo mamá en acuerdo—. Pero a los hombres les gusta ese tipo de cosas. En especial los que tienen riquezas y caprichos.

—Al menos tiene varias propiedades y un establo lleno de caballos. Escuché que algunos son árabes —dije.

Bailey soltó un sonido incrédulo.

—Solo tú puedes estar pensando en sus caballos, Dessa. —Rio mi hermana—. ¿Qué hay de su rostro? ¿Si tiene un físico atlético? ¿Su carácter? ¿Es tímido? ¿Temperamental? ¿Apasionado?

Me encogí de hombros. Algo me decía que no estaba pensando en esas cosas porque ya tenía a alguien que protagonizaba ese tipo de fantasías. Mis pensamientos fueron a Giuliano. Al beso que me había robado cuando me desvié hacia los establos antes de ir al carruaje. Mi amigo de la infancia que se había convertido en mi amante. Sus dedos habían trazado la cintura del vestido, volcando un calor que acarició mi piel a través del material. Y sus labios... aquellos talentosos labios me habían susurrado las cosas más deliciosas al oído. Lo hermosa que me veía. Lo que haría conmigo cuando regresara.

No podía esperar a oírlo trepar hacia mi ventana. Desvestirlo, mientras él me desvestía a mí. Era un divertido secreto del que pronto tendría que despedirme.

—Bai, lees demasiadas novelas —le dije de manera afectuosa.

El carruaje perdió velocidad hasta detenerse. No podíamos haber llegado. Afuera no había más que bosque.

—¿Por qué nos detenemos? —mi madre gritó por la ventana.

—Lo siento, *lady* Tamora, hay un árbol caído obstruyendo el sendero —respondió el conductor.

—Vamos a llegar tarde. —Suspiró Bailey.

El silbido del viento trajo a un ave de plumas marrones que aleteó junto a la ventana. Un halcón. Mamá estiró el brazo para darle un lugar donde aterrizar y tomó el mensaje atado en una

de sus patas. Tenía que ser de una de las damas. Siempre usaban halcones para enviar mensajes.

—¿Noticias?

—¿Algo interesante?

Bailey y yo hablamos al mismo tiempo. Podía escuchar al conductor intentando mover el árbol junto con el guardia que nos había escoltado.

—Esas serpientes... —mi madre dijo las palabras en tono frío—. Margaret dice que el árbol fue una treta de Anna Norwich para que su hija Clarice llegue antes y tenga la oportunidad de robar miradas con una gran entrada.

—¡No! Eso es trampa. Tenemos que llegar antes. —El tono de Bailey mostraba su ansiedad e indignación.

—Tomaré uno de los caballos —dije abriendo el carruaje—. Las veré allí.

Mi madre me dedicó una mirada calculadora antes de asentir con un gesto del mentón.

—Ten cuidado. Y no tomes ningún atajo, mantente en el sendero —me dijo.

—Suerte, Dessa —me alentó mi hermana.

La falda del vestido cayó en un charco de plata que arrastré sobre el pasto. El caballo más veloz del grupo era una yegua blanca llamada Hera. Le pedí al conductor que me ayudara a liberarla del arnés que la sujetaba al carruaje.

No llevaba una montura por lo que tendría que montar a pelo. El interior del vestido tenía varias capas de tela que protegieron mi piel descubierta de rozarse contra sus flancos.

—Vamos, muchacha.

Hera partió a un galope precipitado, compartiendo mi alegría de haberse libertado de aquella prisión. El impulso levantó la cola del vestido sobre el lomo de la yegua, cubriendo el pelaje blanco en destellos de plata. Respiré con la caricia del viento.

Pesados bucles de oscuro pelo castaño volaron sobre mi hombro sujetos en un lazo de terciopelo.

El bosque cobró vida con el aroma a flores silvestres. Aullidos distantes se escaparon entre los árboles. Era una noche de lobos y luna llena. Una noche de tretas. Anna Norwich era la matriarca de una familia rival. Solían tener su territorio al sudoeste de Inglaterra, en Kent, pero Margaret Tallis, dama de secretos, había oído que buscaban expandirse. Y mi madre había visto al ciervo blanco en sueños, el emblema de la antigua familia Norwich.

Clarice había sido encomendada a ganar el corazón de lord Gregory Oleander al igual que yo. Dos mujeres que debíamos competir por la prosperidad de nuestro legado familiar. Me gustaban las competencias. Y las carreras. Cuando pasábamos tiempo en nuestra casa de campo en Bibury solía hacerme pasar por un muchacho e infiltrarme en las carreras de caballo que los granjeros organizaban en secreto. Había ganado unas cuantas.

El fuego de antorchas iluminó el sendero de estandartes escarlatas. El castillo de lord Oleander se alzaba junto a un río. Pálida piedra gris, una gran torre, patios con fuentes.

Una fila de ostentosos carruajes se extendía desde el arco de la entrada. Hera continuó galopando. Éramos un relámpago de blanco y plata. Los rodeamos por un costado e hicimos nuestra entrada a los jardines. Hubiera sido perfecto de no ser por la inoportuna silueta que cruzó nuestro trayecto. La yegua hizo un alto abrupto, parándose sobre los posteriores para evitar atropellarlo. Mi cuerpo se acomodó de manera instintiva, acompañando el movimiento, y sentí la seda del vestido agitarse a mi alrededor.

Centellantes ojos turquesa encontraron los míos. La escena se suspendió presa de un hechizo. La yegua blanca parada sobre sus posteriores, mis manos en sus crines, y la silueta de elegante negro observando desde abajo.

Afortunadamente, mis instintos se recuperaron antes que mi cabeza. Guie a Hera hacia un costado al mismo tiempo que el extraño esquivó los pesados cascos de la yegua para que no aterrizaran sobre sus pulidas botas.

—Tranquila, muchacha. —Palmeé su cuello.

—Una entrada audaz, *milady* —dijo el extraño—. ¿Iba a atropellarme para no llegar tarde al baile?

—No lo vi.

—El caballo iba más atento que el jinete —remarcó.

Asomé la mano hacia el hocico de Hera, permitiendo que la yegua lo inspeccionara antes de palmearla. Las antorchas llevaron luz a su rostro: pelo negro, ojos turquesa, un rostro que se debatía entre sensual e intrigante. Algo me decía que lo había visto, alguna vez, tiempo atrás, aunque estaba segura de que era un completo extraño.

—Vestirse de negro y pararse en las sombras es un asunto peligroso —respondí.

—No tan peligroso como usted.

Alzó la mirada hacia mí en un reto casual. Lo que vi en sus ojos me dijo que era un hombre seguro de sí mismo. Acostumbrado a decir lo que pensaba y salirse con la suya.

—No, no tan peligroso como yo —afirmé plácidamente.

—¿Me regala su nombre, *milady*?

—Me temo que nunca podría regalar mi nombre.

Una sonrisa sardónica tiró de la esquina de su labio.

—¿Está sugiriendo que debería robarlo?

Las campanas de la torre anunciaron que el baile estaba por comenzar. Respondí con una mirada alentadora y me alejé. Tenía que hacer mi verdadera entrada. No iba a dejar que Clarice Norwich me ganara.